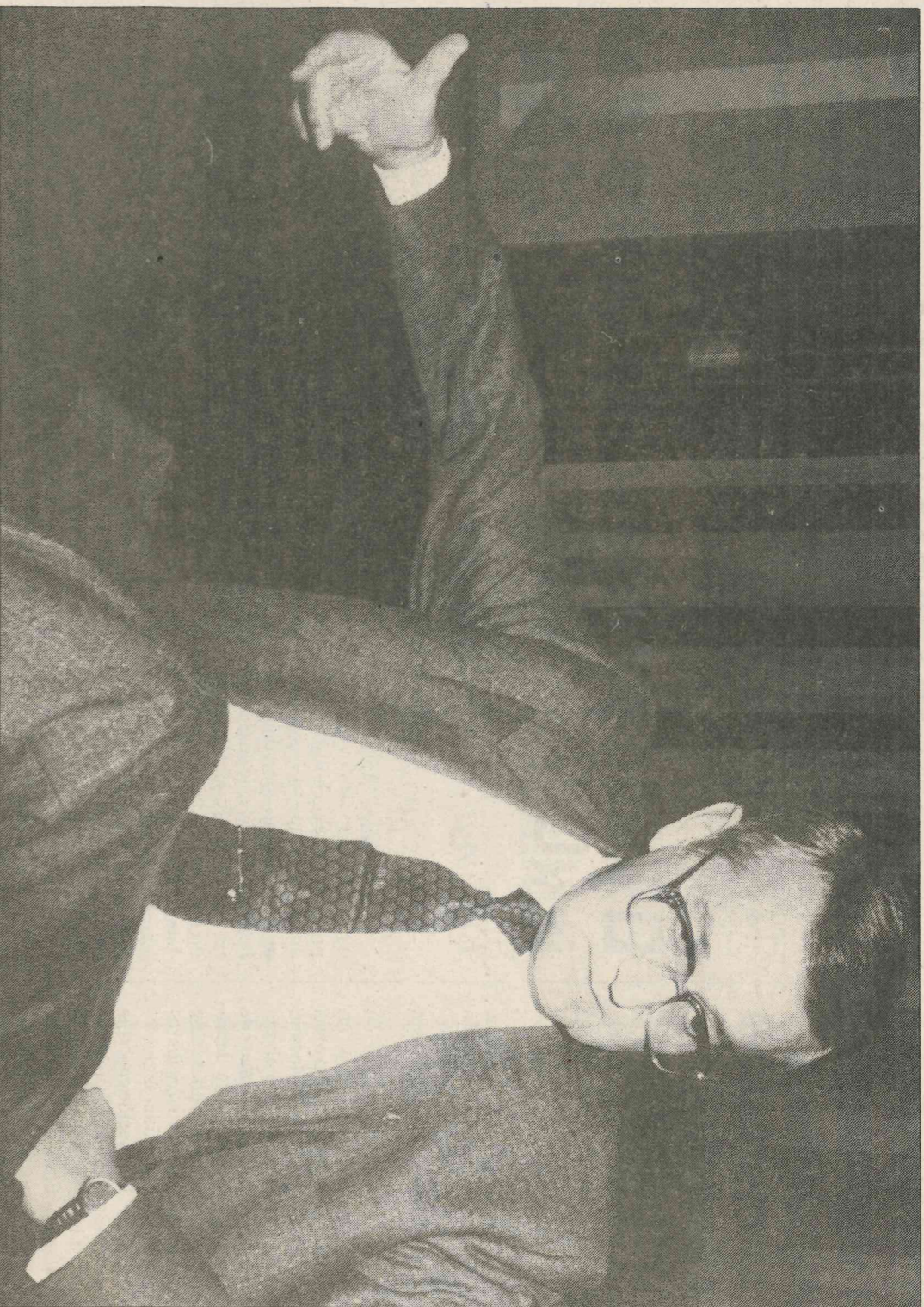


ENTREVISTA

Miguel Angel Riera (Manacor-Mallorca 1930) es uno de los escritores más sólidos de la lengua catalana, y un autor casi desconocido en el conjunto de España, donde su obra empieza ahora a ser traducida. Ha publicado cinco libros de poemas, uno de relatos y seis novelas. Ha obtenido los premios «Ciutat de Palma», «Sant Jordi», el premio de la crítica «Serrat'Or», el Premio Nacional de la Crítica de Narrativa Catalana y el Nacional de Literatura Catalana. Propuesto para el Nobel de Literatura, presentó ayer, en Oviedo, su última novela.



Miguel Angel Riera.

Miguel Angel Riera: «No tengo ninguna urgencia por imponer mi obra literaria»

Autor en catalán, propuesto para el Nobel, presentó en Oviedo su última novela

—¿Elegió escribir en catalán por una cuestión de militancia? —Lo hice por una cuestión de honestidad, por coherencia histórica y porque la literatura catalana necesitaba salir de las catacumbas en las que, por circunstancias históricas lamentables, se encontraba. Necesitaba que todos arriásemos el hombro. Sabíamos que esto limitaba nuestro campo de penetración, pero había que hacerlo para sentir que no estábamos pisoteando nuestra propia identidad. Por otra parte, había una cosa muy clara, si la obra vale, fatalmente acaba abriéndose camino más allá del área lingüística en que ha sido creada. Aún cuando esta satisfacción me haya llegado cuando soy mayor, estoy muy satisfecho de haber tomado en su momento esta decisión de escribir en catalán.

—El «sacrificio» parece que ha valido la pena, porque la situación del catalán ha cambiado mucho. —Las circunstancias han cambiado. El catalán no tiene problemas que le sean particulares y que no sean los propios de cualquier lengua más o menos minoritaria que tiene el reto de que una día pueda ser ahogada por lenguas de carácter universal, facilitado este fenómeno por la enorme red de comunicaciones que hacen que el mundo lingüístico se haya convertido en el tópico de un pañuelo.

—Los temas de «Isla Flaubert» son universales: la muerte, la soledad, el amor. Y son cuestiones que parecen estar en toda su obra. ¿Son también sus obsesiones? —Son temas constantes en mi

obra. Hoy, en que el espectador tiene facetas tan múltiples de distracción a través de la televisión, el cine y ese tipo de literatura «cleanex» de usar y tirar, pienso que más que nunca el gesto diferente de un lector que se asiste del mundo con un libro en las manos tiene que ser correspondido por parte del autor de ese libro, hablandole en profundidad de temas absolutamente trascendentes.

«La creación literaria es algo totalmente sagrado»

—Usted comenzó en literatura escribiendo poesía, y eso se nota en su prosa, en la que el lirismo y las sensaciones plásticas están siempre presentes. ¿Se considera un poeta que escribe narrativa? —Empecé escribiendo poesía y cuando se pasa a escribir prosa se nota, porque el tratamiento del material expresivo es más intenso y el autor tiene la sensación de que la frase ha sido construida palabra a palabra.

—¿Vive de la literatura? —Para mí, la creación literaria es tan importante y mis limitaciones son tan grandes que de ninguna forma me parecería honesto someter el ritmo de creación a la demanda de unas necesidades para subsistir. Lamentablemente, la sociedad actual no tiene previsto el resolver la problemática económica de quienes se dedican, con mis intenciones, a la creación literaria, algo que es to-

talmente sagrado. En mi caso, estoy convencido de que la necesidad de rentabilizar económicamente me obligaría a cuantificarlo y por tanto a rebajar el nivel de mis objetivos.

—¿Cuanto tiempo tardó en escribir «Isla Flaubert»? —Escribí un primer folio en una especie de flash mental, cuando trabajaba en «Los dioses inacesibles». Para mí, lo más difícil de una novela es la primera frase, es absolutamente esencial y si no consigo dar con ella de forma que dinamice todo el mundo literario que quiero recrear, se parte de una situación fósil y por tanto no sigo. Ese primer folio lo reescribí un año después y luego, al año siguiente y durante tres más, trabajé intensamente en la novela.

—Antes habló de la creación literaria como algo sagrado. Parece tener una actitud casi reverencial hacia la Literatura con mayúsculas. —Me alegra que se note por que el sentido reverencial que siento es muy intenso. Hace pocos días escribí un artículo en un periódico en el que exponía de una forma muy condensada cuál es mi posición ante el hecho de la creación literaria y decía, como haciendo metáfora, que me siento como el monaguillo que asiste y participa en una ceremonia religiosa interpretada por quienes, para él, son casi dioses; siente una total fascinación por la estética de aquel ceremonial litúrgico y cuando éste ha terminado, en la soledad readquirida en el lugar suntoso en que se desarrolló, por sí solo va y repite, en la di-

mension que está a su alcance, aquella ceremonia, pero plenamente consciente de su condición de monaguillo y muy feliz de serlo.

—¿Cuándo sintió la necesidad de escribir y que lecturas considere fundamentales? —Siendo niño, a partir de un momento determinado, la literatura representó para mí un punto de referencia que me hizo sentir la necesidad de participar en el mundo de los dioses. Fueron autores entre los que, con plena justicia y no porque me encuentro en Oviedo, debo incluir a Clarín y a «La Regenta», una de las novelas que prefiero de la literatura mundial. Quiero citar también a Proust, Dostoiévsky, Thomas Mann, Tolstói y Shakespeare, y le digo estos nombres sabiendo que al menos me olvidó de una docena de nombres esenciales.

—El Pen Club catalán le propuso en el año 1987 para el Nobel de Literatura, coincidiendo con la publicación de su novela «Los dioses inacesibles». ¿Qué sintió? —Estoy absolutamente convencido de que un día, no sé cuando, el Nobel de Literatura se concederá a un escritor en lengua catalana porque hay gente muy buena escribiendo en catalán y seguirá habiéndola, porque el catalán es una lengua maravillosa, con un apilísimo registro de matices expresivos en la que muy bien se hubiera podido escribir «La Regenta» o «Madame Bovary». El que ese Nobel tenga un nombre u otro es lo menos importante.